

honra que yo le tributaba, y los servicios que de ella había recibido? Pues como yo quedaba desamparado de aquel consuelo suyo tan grande sentía herida el alma y como desgarrada la vida, que de la mía y la suya se había hecho una sola.

Reprimido, pues, de aquel llanto el niño, tomó Evodio el Salterio y comenzó a cantar, respondiéndole toda la casa, el Salmo (100) *Misericordia y justicia os cantaré, Señor...*

«Y luego, poco a poco se renovaban mis sentimientos sobre vuestra sierva, y su santa conversación, pladosa para con Vos, y santamente blanda y condescendiente para con nosotros, de la cual súbitamente me veía privado. Y sentí gana de llorar en vuestra presencia, sobre ella y por ella; sobre mí, y por mí. Y solté la rienda a las lágrimas, que tenía represadas, para que corrieran cuanto quisieran, tendiéndolas como un lecho bajo mi corazón, que descansó en ellas; porque estaban allí vuestros oídos, no los de hombre alguno, que despectivamente intérprete como quiera. Y si hallare pecado en que llorase yo por una exigua parte de una hora a mi madre recién muerta delante de mis ojos, a mi madre que, por tantos años me había llorado delante de los vuestros, no se ría; antes, si tiene gran caridad, llóre él también por mis pecados a Vos, Padre de todos los hermanos de vuestro Cristo.»

Estudió Retórica en la ciudad de Madauros, próxima a Tagaste y después en Cartago, dando muestras espléndidas de su privilegiado ingenio. Leyó el *Hortensius* de Cicerón y se sintió inflamado por el deseo de alcanzar la sabiduría, adhiriéndose con ese fin a la secta de los maniqueos, a la que perteneció durante nueve años para ser más tarde su más acervo impugnador e inconciliable enemigo.

En 374 le vemos enseñando Retórica en su ciudad natal y poco más tarde en Cartago. En esta gran capital del Africa, cede a la corrupción del ambiente y toma una concubina, de la que tiene un hijo, a quien, dando buena muestra de su religiosidad, llama Adeodato. Vuelve después de diez años a Tagaste y rompe con el maniqueísmo; después marcha a Roma, donde abre escuela y por sus relevantes éxitos atrae la atención del célebre Prefecto de la ciudad, Símaco, hombre famoso, elocuente orador y de singular talento.

Las malas artes de los estudiantes de Roma le disgustan y quiere trasladarse a Milán, a una cátedra allí vacante.

Para que pueda conseguirla, el mismo Símaco, a pesar de ser pagano, le recomienda a San Ambrosio. De esta manera se dió el caso singularmente providencial de que aquel hombre defensor acérrimo de las costumbres paganas, fué, sin saberlo, el que condujo hacia la religión cristiana al que estaba llamado a destruir por completo el ya medio derruido edificio del paganismo.

Abandonados los maniqueos volvió su mente, en el ansia de la verdad, a las ideas neoplatónicas; pero tampoco éstas pudieron satisfacerle,

La inquietud hacia Dios y el descontento de toda filosofía pagana le tienen algún tanto fuera de sí.

Iba a sonar pronto la hora de Dios tan anhelada.

Por fortuna grande para él ocupaba la sede episcopal milanesa un hombre insigne por su santidad y elocuencia, San Ambrosio.

Agustín fué a la Iglesia a oírle, atraído por su fama, y empezaron a gustarle las enseñanzas cristianas. Poco después ya estaba su mente convencida. El Cristianismo llenaba las exigencias de su espíritu: había encontrado la verdad que tan ansiosamente buscara... Pero se oponía un obstáculo infranqueable. La religión de Cristo no era sólo dogmas, verdad y luz para la inteligencia; era también moral y norma de vida. Tenía preceptos que había que observar, virtudes que seguir... Agustín estaba encadenado al vicio; le arrastraba especialmente la lujuria: no sentía fuerzas para dominarse, para ser continente y casto...

Y comenzó para él la lucha, la gran lucha en que, al fin, salieron vencedores Dios y él.

La conversión

La conversión del Obispo de Hipona es uno de los hechos cumbres de la Historia, sólo comparable quizás con la del Apóstol de las gentes en importancia y transcendencia.

Este gran acontecimiento lo fueron preparando, como dijimos, el desencanto del maniqueísmo, de la Filosofía neoplatónica y pagana, el hastío de todo lo terreno, los discursos de San Ambrosio, pero tuvo también su golpe de gracia asestado al corazón.

Se ha ponderado mucho la magna inteligencia del Doctor de la Iglesia, pero no se ha reparado tanto en su corazón.

Este, sin embargo, fué también grande y a él, al imperativo del pundonor, al impulso del sentimiento, se debió el cambio en última instancia.

La ocasión inmediata del estallido, pues así puede calificarse el hecho, fué debida al relato de las proezas de San Antonio y sus monjes en Egipto, como ya queda anotado en otra parte. El lector nos agradecerá sigamos transcribiendo las admirables páginas de sus Confesiones en que él mismo nos lo cuenta:

«Cierta día — no recuerdo el motivo por qué estaba ausente Nebridio — se presentó en nuestra casa a visitar a Alipio y a mí, Ponticiano, compatriota nuestro en calidad de africano, que desempeñaba un elevado cargo en palacio: ni sé cuál era el objeto de su visita. Sentámonos para hablar. Sobre una mesa de juego que estaba delante, reparó casualmente en un códice, lo tomó, lo abrió

y vió con gran sorpresa suya que era el Apóstol Pablo; pues pensaba que sería alguno de los libros de mi ya insostenible profesión. Al verlo se sonrió, y me miró, como dándome el parabién, y extrañándose de haber hallado de súbito, delante de mis ojos precisamente aquel escrito, y no otro: pues él era cristiano y fiel, y a menudo se postraba en la Iglesia delante de Vos, Dios nuestro, con frecuentes y largas oraciones. Como yo le indicara que a aquellos escritos consagraba preferentemente mi atención, empezamos a conversar, hablándonos él de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era tan esclarecido entre vuestros siervos, pero nosotros hasta aquella hora lo desconocíamos. Viendo él que nada sabíamos, detúvose más en la narración, dándonos a conocer a aquel varón tan insigne, y admirándose de nuestra ignorancia. Estábamos estupefactos al oír tales maravillas, perfectísimamente atestiguadas, tan recientemente obradas por Vos casi en nuestros días en la verdadera fe y en la Iglesia Católica. Todos estábamos admirados: nosotros de tan grandes sucesos; y él de que no hubieran llegado a nuestros oídos...

«Esto contaba Ponticiano, y mientras él hablaba, Vos, Señor, me trastocabais; y porque yo me había echado a mí mismo tras mis espaldas, Vos me poníais delante de mí mismo, para que viese qué feo era, qué contrahecho, qué sucio y lleno de manchas y llagas. Me veía, y me horrorizaba, y no tenía adónde huir de mí. Y si procuraba desviar los ojos de mí, Vos, con lo que Ponticiano iba contando volvíais a ponerme delante de mí, y a empujarme sobre mis ojos, para que descubriese mi maldad y la aborreciese. Ya antes la había yo conocido; mas disimulaba, me dominaba y olvidaba.

Pero entonces, cuanto más ardientemente amaba yo a aquellos de quienes oía contar tan saludables afectos, que se habían entregado del todo a Vos para que los sanaseis, tanto más, al compararme con ellos, me aborrecía y me excreaba. Porque muchos años míos se habían pasado conmigo — cerca de doce — desde que, el año diecinueve de mi edad, leyendo el *Hortensio* de Cicerón, desperté al amor de la sabiduría; e iba dilatando el consagrarme a su investigación, despreciada la felicidad terrena; siendo así que no ya el hallarla, sino sólo el buscarla se debía preferir a los tesoros hallados, y a los reinos del mundo, y a todos los deleites del cuerpo, aunque uno los disfrutase a medida de su deseo. Mas yo, adolescente desgraciado, sumamente desgraciado, había llegado en los mismos albores de la adolescencia, a pedirlos la castidad diciendo: «Dadme castidad y continencia, pero no ahora.» Porque me temía que me escuchaseis en seguida, y me sanaseis luego de la enfermedad de mi concupiscencia, la cual más quería satisfacer que extinguir. Y comencé a caminar por las sendas tortuosas de la sacrilega superstición maniquea; no porque yo la tuviese por cierta, sino porque la anteponía a las demás religiones, que yo no buscaba piadosamente, sino que hostilmente las combatía.

Pensaba que la causa de diferir de día en día el entregarme a solo Vos, despreciando las esperanzas del siglo, era porque no se me descubría ninguna cosa cierta adonde encaminar mis pasos. Pero llegó el día en que me vi al desnudo, y mi conciencia me increpó: «¿Dónde está lo que decías? Es así, que decías que por una incierta verdad no querías arrojarte a la carga de la vanidad. He aquí que ya es cierta la verdad, y aun te oprime la vanidad, mientras en hombres más libres reciben alas los que no se consumieron tanto en investigar, ni por diez y más años meditaron este asunto.»

Con esto me carcomía interiormente, y me confundía con horrible vergüenza, cuando Ponticiano nos contaba aquellas cosas. Acabada la conversación, y el negocio a que había venido, se fué; y yo a solas conmigo, ¡qué cosas no dije contra mí! ¡Con qué azotes de razones no flagelé mi alma para que me siguiese en mis esfuerzos por ir a Vos! Pero ella se resistía; rehusaba, aunque no se excusaba; todos los argumentos estaban ya agotados y rebatidos; quedaba muda y temblaba; temía a par de muerte que le cortasen la corriente de la costumbre, que la iba consumiendo hasta la muerte.

Entonces en aquella gran lucha de mi casa interior, que yo mismo había fuertemente excitado con mi alma en lo secreto de mi corazón, turbado no menos el semblante que el espíritu, acometí a Alipio, y a voces le dije: "¿Qué es esto que nos pasa? ¿Que es esto que has oído? ¡Levántanse los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros con nuestra ciencia, faltos de corazón, he aquí que nos revolcamos en la carne y la sangre! ¿Acaso, porque aquéllos se nos han adelantado, no tenemos vergüenza ni siquiera de seguirlos?" No sé qué palabras como éstas pronuncié, y mi congoja me apartó del lado de Alipio, que atónito callaba y me miraba; porque no hablaba yo como solía; y mucho más declaraban mi ánimo la frente, las mejillas, los ojos, el color, el acento de la voz, que las palabras que profería.

Tenía la casa en que nos hospedábamos un huertecillo, del cual usábamos como de toda la casa, porque el huésped, dueño de ella, no la habitaba. A este huerto me llevó el alboroto de mi corazón, donde nadie me estorbaba el acalorado combate que había yo emprendido conmigo mismo, hasta que terminase por donde Vos sabiais, y yo no; enloquecía no más, para recobrar el juicio; moría para vivir; sabedor del mal que tenía, pero ignorante del bien que de allí a poco iba a recibir. Retíreme, pues, al huerto, y Alipio, paso a paso, se vino tras mí; porque donde él se hallase, no dejaba yo de estar en secreto; y hallándome tan impresionado, ¿cómo me iba a dejar solo? Sentámonos lo más lejos de la casa que pudimos. Yo daba bramidos con el espíritu, enojándome con violentísima indignación, porque no iba a hacer las paces con Vos, y a daros gusto, Dios mío, como todos mis huesos clamaban que debía hacer, ensalzando esta acción hasta las nubes. Especialmente que no había de ir allí en barco, ni en coche de cuatro caballos, ni a pie, ni siquiera tantos pasos cuantos habíamos andado desde la casa hasta el lugar donde estábamos sentados. Porque no ya el ir, pero aun el llegar a Dios no era más que un *querer* ir; pero un *querer* fuerte y entero, sin inclinar ni balancear la voluntad que lucha lánguidamente, cuando la una parte del alma tira hacia arriba y la otra hacia abajo.

Finalmente, durante la misma agitación de la indecisión, ¡tantas cosas hacía con el cuerpo, que algunas veces *quieren* hacer los hombres y *no pueden*, o por carecer de algunos miembros o por tenerlos atados, o debilitados por la enfermedad, o de cualquier otro modo impedidos! Si mesaba el cabello, si golpeaba la frente, si con las manos cruzadas me cogía la rodilla, *hacíalo* porque *quería*. Puede quererlo y no hacerlo, si no hubiese obedecido la movilidad de los miembros. ¡Tantas cosas, pues, hacía yo, en las cuales no era lo mismo *querer* que *poder*; y no hacía, sin embargo, lo que con un afecto incomparable me agradaba más, y lo que, apenas hubiera *querido*, hubiera *podido*! Porque al punto de quererlo, ciertamente lo hubiera *querido*; y en esta materia *poder* es *querer*; y ese mismo *querer* es *hacer*. Y sin embargo, no acababa de *hacerlo*; y más fácilmente obedecía el cuerpo a un debilísimo *querer* del alma, y movía a su mandar los miembros, que no el alma a sí misma para *ejecutar*, con sólo *querer*, lo que tanto *quería*...

«Así andaba yo, enfermo y atormentado, acusándome a mí mismo muchísimo acerbamente de lo que solía, volviéndome y revolviéndome en mi prisión, hasta que del todo se rompiese lo poco que me retenía, pero que aún me retenía. Y Vos, Señor, me apremiabais en lo interior de mi alma, y con severa misericordia redoblabais los azotes del temor y de la vergüenza, no fuera que cesase otra vez, y aquello poco y débil que quedaba, no acabase de romperse, y de nuevo se rehiciese, y me sujetase más fuertemente. Decíame yo dentro de mí: "¡Ea, ahora mismo, ahora mismo ha de ser!" Y casi pasaba de la palabra a la obra; casi lo hacía, pero no lo hacía. No recaía ya en las cosas de antes, pero estaba cerca de ellas y respiraba. Nuevamente lo intentaba, y por poco no llegaba, por poco, ya casi tocaba el término, para quedarme en él; pero el hecho es que no llegaba, ni tocaba al término, ni me quedaba en él; vaci-

lando en morir a la muerte y vivir a la vida. Y podía más consigo lo malo inveterado, que lo bueno desacostumbrado. Y aquel preciso momento en que yo había de ser otro, cuanto más se acercaba, tanto mayor horror me infundía. No me hacía tornar atrás, ni mudar de propósito, pero me dejaba suspenso.

Reteníanme frivolisímas frivolidades y vanísimas vanidades, antiguas amigas mías, y me tiraban de mi vestido de carne, y me decían por lo bajo: "¿Nos dejas? ¿Y desde este momento jamás estaremos contigo? ¿Y desde este momento jamás te será lícito esto y aquello?" ¡Y qué cosas, Dios mío, me sugerían en lo que llamo "Esto y aquello"! ¡Qué cosas me sugerían, Dios mío! ¡Apartadlas por vuestra misericordia, del alma de vuestro siervo! ¡Qué sueldades me sugerían! ¡Qué torpezas! Pero ya las oía la menor parte de mí; y no se me ponían descaradamente delante para cerrarme el paso, sino como musitando a la espalda, y como a hurtadillas pellizcándome al alejarme para que volviese los ojos a mirarlas. Pero me retardaban, vacilante para arrancarme y sacudirme de ellas, y pasar de un salto donde era llamado; en tanto que la costumbre violenta me decía: "¿Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?"

Pero ya lo decía con gran tibieza. Porque de aquella parte hacia donde yo tenía vuelto el rostro, y por donde temblaba de pasar, se me descubría la casta dignidad de la continencia, serena y alegre sin liviandad, halagándome honestamente para que me acercase a ella y no dudase, y extendiendo hacia mí para recibirme y abrazarme, las piadosas manos, llenas de multitud de buenos ejemplos: allí tantos niños y niñas, allí mucha juventud, y todas las edades, vidas venerables y vírgenes ancianas. Y en todos ellos la misma continencia no estéril, sino madre fecunda de hijos de los gozos de su Esposo, que sois Vos, Señor, Ella se burlaba de mí, y con donaire me alentaba, como diciendo: "¿No podrás tú lo que éstos y éstas? ¿Acaso éstos y éstas lo pueden por sí mismos, y no en el Señor su Dios? El Señor su Dios me dió a ellos. ¿Por qué estribas en tí, que no puedes tenerte en pie? Arrójate en Él; no temas, que no se apartará para que caigas; arrójate segura que El te recibirá y te sanará." Yo tenía grandísima vergüenza de mí porque todavía oía el murmullo de aquellas frivolidades y seguía indeciso y suspenso. Mas ella como que volvía a decirme: "Hazte sordo para con tus miembros inmundos sobre la tierra, para mortificarte" (Colos., 5, 5). *Propónente deleites, mas no conforme a la Ley del Señor tu Dios* (Ps., 118, 85).

Esta disputa pasaba en mi corazón, altercando yo sólo contra mí mismo.

Mas Alipio, pegado a mi lado aguardaba en silencio en qué había de parar aquella agitación mía desacostumbrada.

Mas después que la atenta consideración sacó del fondo secreto y amontonó en presencia de mi corazón toda mi miseria, se desató en mí una deshecha borrasca, preñada de copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda con sus voces, me levanté de donde estaba Alipio — la soledad parecíame para llorar más a propósito —, y me retiré tan lejos, que ni su presencia me pudiera servir de estorbo. Así estaba yo entonces, y él se dió cuenta; porque al levantarme creo que dije no sé qué; y el acento de la voz parecía cargado de llanto, y así me había levantado. Quedóse él, pues, como atónito donde estábamos sentados, y yo fui a arrojarme debajo de una higuera, no sé cómo, y solté las riendas a las lágrimas, y rompieron dos ríos de mis ojos, sacrificio aceptable a Vos. Y muchas cosas os dije, no con estas palabras, pero sí en este sentido: *¿Y Vos, Señor, habéis de estar enojado?* (Ps., 6, 4). *¿No os acordéis de nuestras maldades antiguas!* Porque sentía yo que ellas me retenían y daba voces lastimeras: "¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré: Mañana, y mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no pone esta hora fin a mis torpezas?"

Esto decía, y lloraba con amarguísima contricción de mi corazón. Y he aquí que oigo de la casa vecina una voz, no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando, y repetía muchas veces: "¡Toma, lee: toma, lee!" Y al punto,

inmutado el semblante, me puse con toda atención a pensar si acaso habría alguna manera de juego, en que los niños usasen cauturrear algo parecido; y no recordaba haberlo oído en parte alguna. Y reprimido el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando que no otra cosa se me mandaba de parte de Dios, sino que abriese el libro y leyese el primer capítulo que encontrase. Porque había oído decir de Antonio, que por lección evangélica, a la cual llegó casualmente, había sido amonestado, como si se dijese para él lo que se leía: *Ve, vende todas las cosas que tienes, dalo a los pobres, y tendrás tesoros en los cielos; y ven y sígueme*; y con este oráculo, luego se convirtió a Vos. Así que volví a toda prisa al lugar donde estaba sentado Alipio, pues allí había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí; lo arrebaté, lo abrí, y leí en voz baja el primer capítulo que se me vino a los ojos: *No en comilonas ni embriagueces; no en alcobas y deshonestidades; no en rivalidad y envidia; sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne en sus deseos*. No quise leer más, ni fué menester; pues apenas leída esta sentencia, como si una luz de seguridad se hubiera difundido en mi corazón, todas las tinieblas de la duda se desvanecieron.

Entonces, poniendo el dedo, o no sé qué otra señal, en el libro, lo cerré, y ya con el rostro sereno, se lo conté a Alipio; y él me indicó lo que yo había leído; se lo mostré, y se fijó también más allá de lo que yo había leído, e ignoraba lo que seguía. Seguía, pues: *Recibid al débil en la fe*; lo cual él tomó para sí, y me lo indicó. Y con esta amonestación se confirmó, y sin turbación ni tardanza, se asoció a mi buena resolución y propósito, tan perfectamente conforme con sus costumbres, en que desde mucho antes tanta ventaja me hacía.

De allí pasamos a ver a mi madre, y se lo indicamos; se regocija. Le contamos cómo había sucedido, y salta de júbilo, y triunfa, y os daba gracias a Vos, *que sois poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos*; pues veía que le habíais concedido en mí tanto más de lo que ella os solía suplicar con lastimeros y llorosos gemidos. Porque de tal modo me convertisteis a Vos, que ya no buscaba esposa, ni esperanza alguna de este siglo, *puesto de pie sobre aquella regla de fe*, en la que tantos años antes me habíais mostrado a mi madre. Y trocasteis su llanto en gozo mucho más copioso de lo que ella había apetecido, y mucho más caro y casto, *que el esperaba de los nietos de mi carne...*

Quedaba realizada la conversión del que había de ser el más grande de los Padres de la Iglesia. Esta podía exultar de gozo por la conquista.

Se debía a la gracia y providencia de Dios, ante todo, que miraba por el bien de su Iglesia, pero también a las oraciones de Mónica.

Se había cumplido la inspirada palabra que tanto le consolara en Milán.

La piadosísima madre, tan entrañablemente cristiana, sentía amargamente los descarríos de aquel verdadero hijo pródigo por el cual no hacía más que llorar y encomendarle al Señor. Un día desahogaba su corazón con un Obispo en Milán y éste, conmovido por lo que veía, exclamó, como en tono profético, consolándola: «Es imposible que un hijo de tantas lágrimas pueda perecer.» Y así fué en realidad. Más aún. Dios, en su generosidad, le concedió por encima de lo que ella pidiera.

Rogaba tan sólo que su hijo se convirtiera a la fe católica, se casara legítimamente y formara un hogar cristiano, y Dios le concedió en su hijo una de las mayores glorias de la Iglesia y del mundo, Padre de una benemérita Orden religiosa y autor de una regla que ha conducido a la santidad a centenares de miles de religiosos.

Obispo de Hipona

En rigor podríamos quedarnos aquí, pues nuestro intento es apologético.

Digamos, no obstante, algo de su vida posterior y de sus obras.

Fué bautizado en Milán con su hijo Adeodato el año 387, de manos de San Ambrosio, después de haberse retirado algún tiempo a Casiano para prepararse al gran acto.

No hay que decir que dejó por completo su cátedra de Retórica.

Determinó volver al Africa para llevar allí vida de monje consagrada a Dios.

Llegó a Ostia y mientras aguardaba la nave que había de regresarle a la patria murió su santa madre, que ya no suspiraba más que por el cielo.

«Hijo, le dijo a Agustín, en el famoso coloquio de poco antes de su muerte: Por lo que a mí toca, ninguna cosa me deleita ya en esta vida. No sé qué hago más en ella, ni para qué vivo sin tener qué esperar en este mundo. Una sola cosa había, por la cual deseaba detenerme un poco, para verte cristiano católico antes de mi muerte. Dios me lo ha concedido más colmadamente, pues te veo siervo suyo, despreciada la felicidad de la tierra. ¿Qué hago yo aquí?»

«No recuerdo bien lo que a esto le respondí; pero dentro de cinco días, o poco más, cayó en cama con fiebres; y estando enferma, tuvo cierto día un desmayo, y quedó un poco de tiempo sin sentido. Acudimos todos nosotros, mas pronto volvió en sí, y viéndonos presentes a mi hermano y a mí, díjonos como quien pregunta: "¿Dónde estaba?" Después, viéndonos transidos de pena, dijo: "Aquí enterraréis a vuestra madre." Yo callaba y reprimía el llanto; pero mi hermano dijo no sé qué, deseando, como cosa más feliz, que no muriese en tierra lejana, sino en su patria. Oyóla ella, y con semblante angustiado, y reconviniéndole con la mirada porque tal pensaba, luego volviéndose a mí me dijo: "¡Mira lo que dice!" Y después a los dos: "Enterrad este cuerpo en cualquier parte; no os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que dondequiera que os hallareis, os acordéis de mí ante el altar del Señor." Y habiéndonos expresado este pensamiento con las palabras que podía, calló; y agravándose la enfermedad, entró en la agonía...»

En Sagaste se dedicó con el mayor fervor de espíritu, a los estudios teológicos durante tres años, en pleno retiro, pero fué

sacado de él y ordenado de sacerdote. El año 395 fué consagrado Coepiscopo de Hipona y poco más tarde, Obispo de la misma.

Las obras

Sus escritos llenan un catálogo considerable. He aquí los más salientes:

Treinta y tres libros contra Faustum y contra los donatistas y pelagianos.

Siguen en importancia, aunque no en extensión, los quince libros *De Trinitate*, en cuya composición empleó diecisiete años y que constituyen por su originalidad y profundo estudio de tan difícil problema una obra maestra.

Dos escritos polémicos contra los arrianos. Otro contra las herejías, *Adversus haereses*, y cuatro libros sobre «Doctrina Cristiana», que fueron durante la Edad Media, el Canon y guía de la hermenéutica.

Los *Soliloquios* y, sobre todo, *Las Confesiones* y *La Ciudad de Dios*.

Son éstas las dos grandes obras que han colocado al Doctor de Hipona en el pináculo de la gloria y que por la magna influencia que han ejercido en el Cristianismo a través de la Historia, le merecen un puesto de honor también en la literatura universal.

Las Confesiones son una verdadera autobiografía en forma de humilde Confesión hecha a Dios de sus pecados y de su vida pasada. No es completa, pues no llega más que hasta la muerte de Santa Mónica, pero está escrita con un estilo de sinceridad y devoción, brillan en ella ideas y sentimientos tan elevados y puros que no puede dejársela de las manos. ¡Cuántos millones de lectores no se han sentido conmovidos al recorrer sus hojas y las han mojado con sus lágrimas!

La Ciudad de Dios

Podríamos llamarla, con el nombre que ha prevalecido en nuestros tiempos, un gran libro de *Filosofía de la Historia*.

Su espíritu es netamente providencialista.

Jesucristo y su reino, la Iglesia, ocupan el centro en el desenvolvimiento e historia de la humanidad. Los hombres se mueven en el transcurso de los siglos, pero Dios guía sus pasos, dirige los acontecimientos humanos, el cumplimiento de sus alí-

simos designios. Los antiguos imperios prepararon al mundo para la venida de Cristo; los de más acá de la cruz, continúan la gran obra propagándolo y arraigándolo.

¡Cosa notable! El gran Doctor moría en las circunstancias precisas en que los vándalos, pueblo feroz que lo llevaba todo a sangre y fuego, asolaba el norte del Africa y ponía sitio a la ciudad de su misma sede episcopal, Hipona.

¡Tremenda desventura que abrevió sus días! Quizás el Santo, sobrecogido por el pesimismo ambiente, llegó a abrigar el presentimiento de que se acercaba el fin del mundo, pues no veía ya cómo en medio de tanta catástrofe podría subsistir la Iglesia. Pero precisamente lo que sucedía confirmaba más las grandes ideas expuestas en su libro.

El Imperio romano era ya inservible: Estaba afeminado y con la sangre corrompida; necesitaba la inyección de otra nueva y vigorosa, al par que expiar los grandes crímenes cometidos en la era de los mártires. A ello venían los bárbaros: Traían el castigo de Dios merecido, pero también la sangre nueva que hacía falta.

Domada por obra de la Iglesia su nativa ferocidad de horda y convertidos al Cristianismo, darían los bárbaros origen a las nacionalidades europeas esencialmente cristianas y viriles que traerían la fe y el valor de la Edad Media y prepararían los esplendores del presente.

Los bárbaros entraban también en los designios soberanos de Dios: ellos se movían, pero Dios lo permitía y guiaba sus pasos.

VII

PRUDENCIO

El gran poeta cristiano. — Datos biográficos. — Sus obras: Apotheosis, Hamartigenia, Psycomachia, Contra Símaco, Cathamarinon, Peristephanon.

Prudencio es sin disputa el más grande de los poetas de los primeros siglos de la Iglesia y aun podemos llamarle el creador de la poesía cristiana.

Menéndez y Pelayo le llama «Cantor del Cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y de los garfios», porque nadie como él ha sabido en realidad describir las horribles torturas de los mártires y la sublimidad de su fe y constancia en el holocausto doloroso de su vida.

No vaya a creerse, sin embargo, que en la paleta del gran vate no cabían más que colores fuertes y de sangre; los tuvo también delicados y suaves en escenas de idilio. Si se quiere, podemos también decir que su lira es multicorde y en ella tienen resonancia tanto el fragor de las tormentas como el susurro de la brisa.

Su nombre completo es Aurelio Prudencio Clemente y nació a mediados del siglo iv. Fué, por consiguiente, contemporáneo de varias de las grandes figuras cristianas ya mencionadas, como San Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Crisóstomo y el emperador Teodosio.

Su familia fué cristiana y noble y recibió la educación esmerada propia de las clases aristocráticas romanas, según puede desprenderse de sus escritos.

Todavía no se conoce con certeza su ciudad natal. Es seguro que fué natural de la Hispania Tarraconense, pues así lo da a entender en sus versos, pero no es probable, dice el P. Zacarías García Villada, que naciera en la capital; más bien debió ser de Zaragoza y con más verosimilitud, de *Calahorra*.

Fué orador y abogado.

Teodosio le tenía en grande estima y le nombró dos veces Gobernador y después Jefe del Cuarto Militar del mismo.

Pero ninguna de estas grandezas pudieron llenar el corazón de Prudencio. Era cristiano de corazón y tenía muy hondo en el alma la futilidad de las cosas y honores de la vida. Por eso a los 57 años, cuando, como él mismo nos afirma, las canas le recordaron ya que era tiempo de pensar más seriamente en lo futuro, renunció a todo y consagró su vida por completo a Dios en el retiro de la vida privada.

Creemos también que fué un llamamiento providencial de Dios que quería dotar a su naciente Iglesia bañada en la sangre de sus mártires, de un cantor digno de las hazañas de los mismos.

Oigamos al propio poeta contarnos en bellos y candorosos versos todo esto. Era hacia el año 405 cuando ya había escrito sus poemas y quiso hacer algo así como una recopilación de todos: hoy diríamos una edición de sus obras completas.

Al frente de ellas puso un célebre prefacio en que nos suministra los datos principales de su vida, al par que la prueba fehaciente de la sinceridad y humildad de su alma hondamente cristiana.

«Ya tengo, dice, cincuenta y siete años de edad.

Se aproxima el fin, y Dios va mostrando a mi ancianidad el día vecino. ¿Qué cosa de provecho he llevado a término en el decurso de un tiempo tan largo?

La edad primera la pasé bajo las férulas batientes de los maestros. La mocedad viciosa me enseñó luego a fingir y no pasó inocuamente por mi alma.

La insolencia peligrosa y la ostentación provocativa, ¡ay, me avergüenzo y me pesa!, manchó mi juventud con sus inmundicias y su lodo.

Luego, los pleitos predispusieron mi alma ya confusa, y la funesta obstinación del triunfo forense me guió en multitud de casos escabrosos.

Dos veces goberné ciudades nobles con las riendas de las leyes, e hice justicia, siendo la égida de los buenos y el terror de los malos.

Por fin, la liberalidad del príncipe me puso en el escalafón militar, destiniéndome cerca de sí en un orden próximo a su persona.

Mientras la vida me conducía voluntaria por estas vicisitudes, cayó sobre mi cabeza de anciano la canicie, arguyéndome del olvido del viejo cónsul Salia,

bajo cuyo consulado nací. Cuántos inviernos hayan pasado y cuántas veces hayan substituído las rosas al hielo de los prados, la nieve de mi cabeza te lo dice.

¿Aprovecharán, por ventura, tales bienes o tamaños males después de la descomposición de la carne, cuando la muerte destruya cuanto soy, cuanto yo he sido en el cuerpo?

Plegue a Dios que, mientras canto o escribo mis poemas, pueda verme libre de estas amarras y remontarme hasta el punto a que me llevará la móvil lengua con su última palabra...» (V. 5-45) (1).

Sus obras

En dos categorías pueden clasificarse los poemas de Prudencio: en líricos y épicos. A los primeros pertenecen el *Catheimerinon* y el *Peristhephanon*; a los segundos, los restantes y más voluminosos: La *Apotheosis*, *Hamartigenia*, *Psicomachia*, los dos libros *Contra Symmacum* y el *Ditoqueo*.

Digamos someramente nada más de cada uno de ellos.

Apotheosis

Es un poema de más de 1.000 versos hexámetros, de recio estilo y textura y de clara y contundente demostración. Su propósito es la defensa, contra los judíos y herejes, del dogma cristiano de la Santísima Trinidad. Se detiene singularmente en la prueba de la divinidad de Jesucristo, a la que dedica los más preciosos y entusiastas versos.

Véase cómo describe la conquista del mundo por el Evangelio pregonando su triunfo.

«Se enteró de la venida del Señor el ibero en el Occidente y los habitantes del Oriente rosado. La voz del Evangelio ablandó las escarchas escitas y disipó las neblinas de Hircania, para que, disuelto el hielo, fluya el rodeo Hebro más suavemente desde las rocas del Cáucaso. Se amansaron los getas, y la cruel fiera de los gelones, que ávidamente mezola en sus copas la sangre con la leche, ya bebe el licor precioso de la sangre de Cristo. Lo conoció también la región infiel del moro del Atlas y ofrecieron a los altares de Cristo sus reyes enmelenados.

Desde que el Espíritu ensanchó el vientre virginal, aquel Espíritu de Dios que también es Dios y se vistió del cuerpo de la madre y formó al hombre de la virginidad, callaron ya los subterráneos de Delfos, frustrados todos los oráculos; no mueven ya a las mesas los secretos, no borbotan ya entre espumaraños de los hados contenidos en los libros sibilinos. La mentirosa selva de Dodona perdió ya las víctimas nefandas, mudos quedan también los oráculos de Cumas, ni Amón da tampoco sus respuestas en los desiertos de Libia; el mismo Capitolio de Roma siente que sus príncipes creen en Cristo Dios y que

(1) La traducción está tomada de D. José Guillén, BAC, Madrid, MCMT,

los templos cayeron derrumbados por el mandota de los jefes del pueblo. La púrpura de los descendientes de Eneas ya se postra suplicante en los templos de Cristo y el sumo emperador adora la señal de la cruz...» (v. 425-445).

Hamartigenia u origen del pecado

Poema también largo de 966 versos dirigido contra Marción y sus secuaces. Este hereje, para explicar la presencia del mal en el mundo había recurrido al medio tan socorrido de suponer la existencia simultánea de dos dioses en el mundo: El uno Creador de todas las cosas; el otro destructor y corruptor: uno bueno y malo el segundo.

Prudencio en su refutación expone bellamente la doctrina católica. No hay más que un solo Dios, el autor magnífico y omnipotente de toda la creación.

Dios sacó de la nada las cosas todas del universo y las hizo buenas; el mal vino al mundo por el pecado. Lucifer, lleno de envidia por el hombre, se esforzó por corromper a Adán: el pecado de éste arrastró consigo la rebelión de todos los elementos contra nuestro desgraciado linaje y por eso gemimos bajo el azote de tantas desventuras.

El poema es notable por la fuerza y belleza de sus versos y aun por la exactitud teológica.

Véanse, como muestra, algunos de ellos.

«Y si son dos dioses, ¿por qué no ha de haber muchos millares de ellos? ¿Por qué se ha contentado la divinidad con tan corto número? ¿No era mejor poblar los mundos de diversos enjambres de dioses y llenar los amplios horizontes por todas partes de monstruos semidioses en confusión horrenda, a los que el fiero paganismo sacrifica víctimas caducas?

Si tienen el cielo repartido dos divinidades distintas, hay también que asignar sus dioses propios a los nublados, a las fuentes, al rugiente mar, a las selvas, a los collados, a las cuevas, a los ríos, a los vientos, a los hornos, a los metales; a cada uno el suyo.

O, si te repugna el adorar las sombras del paganismo y quieres que haya dos dioses iguales con cetros amigos, dime: ¿a cuál ha tocado en suerte el gobierno del mundo? ¿Cuál de los dos gobierna con ley establecida las precipitaciones de las aguas? Indica la división de poderes de estos dos señores coherederos. «El uno — respondes — se asienta en lo alto, en un trono severo y triste; es el autor de la maldad, el dios de los crímenes, duro, injusto; él sembró cuanto malo hierve en el vicioso mundo, él inficionó las nuevas semillas con su baba de áspid, de él proceden las cosas sometidas a la muerte. El mismo creador que hizo la tierra del mundo, el mar, las estrellas, creó también al hombre, y juntó y modeló sus miembros de barro, que se ha de comer la enfermedad, y ha de corromperse con muchos crímenes, y ha de disolver el sepulcro con su carroña informe...» (v. 95-115);

Psychomachia

El tema de este libro, que consta de 915 hexámetros, es la lucha que se desarrolla en todo cristiano, atleta y soldado de Jesucristo, entre las virtudes y los vicios. Para dar más plasticidad y animación a su poema personifica Prudencio los vicios y las virtudes: es el medio usado en la literatura medieval, especialmente, pero que en Prudencio da origen «a un mundo moral espléndido y vigoroso».

He aquí cómo nos describe a la avaricia:

«Corre desalada la Avaricia, provista de nalda capaz y abriendo su boca hambrienta hacía las preciosas bagatelas, recoge con su corva mano cuantas joyas abandonó el lujo voraz recogiendo los fragmentos de oro caído entre los montones de arena. No le basta el haber llenado los amplios senos; se complace en ir acumulando en montones el torpe lucro y ensanchar con sus rapifías los ya repletos sacos que guarda con su izquierda y cubre con el manto del lado siniestro, mientras su derecha arrebaña con todo y afila sus uñas de bronce en todos los despojos. El cuidado, el hambre, el miedo, la ansiedad, el perjuicio, la palidez, la corrupción, el dolor, la fieción, los insomnios, la vergüenza, las diversas furias, van de escolta del monstruo» (v. 453-466)...

Si un hermano ve que el yelmo de su propio hermano brilla con resplandores dorados, no perdona la espada y hiere con ella su cabeza para apoderarse de la joya que ostenta.

Si el hijo contempla el cadáver del padre muerto en la guerra y ve los correaes brillantes en piedras, goza de apoderarse de los sangrientos despojos. La discordia civil aconseja el robo del pariente. El deseo insaciable de tener no considera ni sus allegados: el Hambre impía destroza a sus propios hijos» (v. 567-479).

Contra Símaco

Sabido es el caso de este pagano.

Cuando ya por voluntad de Teodosio habían desaparecido, mandados retirar, los dioses paganos del Foro y del Capitolio, Símaco, orador romano, elevó a los hijos de aquel príncipe un memorial en el que pedía se restableciese el culto a los mismos y se devolviera a su sitio la estatua de la Victoria. «Los dioses protectores de sus padres, se decía en el memorial, guardadores de la patria y creadores de nuestra grandeza, no podrán menos de castigarnos si así nos apartamos de su culto.»

Prudencio escribe sus dos largos libros de cerca de 2.000 hexámetros contra él, exponiendo al ridículo de la manera más real y despiadada las farsas del paganismo y aconseja que la razón se imponga sobre la rutina y triunfe la dignidad humana de tanta aberración indigna.

Hace un desfile maravilloso del panteón romano con todas sus lacras, tremenda diatriba en que quedan desprestigiados todos los dioses del Olimpo a que alude Símaco... De *Saturno* que vino a Italia, dice en son de burla el poeta:

«Ocultad al anciano, dice, a quien su propio hijo destronó y persigue con fiera» (v. 45). «*Luego Júpiter, habitante del enmarañado olimpo, mil veces peor aún que su padre, que corrompió a las doncellas espartanas ya en forma de buey, ya cubierto de plumas como un cisne*» (v. 60-64). «*Mercurio, hijo de Moya, que enseñó a los hombres a robar, maestro de ladrones*» (v. 89). «*Priapo* (v. 103-107), un hombre griego y ahora convertido en el dios espantapájaros.» *Hércules*, famoso por su pasión lasciva por los minos. — *Baco*, que ávido de vino se empapa hasta los huesos con las espumas de la copa preciosa, adúltero y borracho» (v. 123-128). «*Marte y Venus: El primero viola a una Vestal y la segunda concibe de un frigio...*» (v. 164-171).

El poeta hace después una invitación a Roma para que deje las reliquias de la idolatría... Roma puede exultar. Desde el triunfo de Constantino sobre el puente Milvio es ya cristiana. El senado, las familias nobles, los menestrales, la misma plebe, se dirigen hacia los sepulcros de los Apóstoles dejando desiertos los templos de la roca Tarpeya...

El libro segundo lo termina Prudencio con una súplica a Honorio hijo de Teodosio tan humanitaria como cristiana, para que termine ya con los bárbaros juegos gladiatorios en el Anfiteatro.

«Para que la Roma áurea no contemple ya crímenes de este género, te ruego, caudillo augustísimo del reino romano, que mandes hacer desaparecer también estos espectáculos como todos los demás.

Esto es lo que faltó al mérito paterno...

Emprende la obra, llena de fama eterna tus sienes y completa tú como heredero lo que al padre le faltó. El prohibió que la ciudad se tifiera con la sangre de los hombres. Nadie muera en la ciudad para llenar de placer a los espectadores, ni disfruten más las vírgenes vestales con estas matanzas humanas.

Contenta la arena con la lucha de las fieras, que no aparezca nunca el homicidio con sus armas ensangrentadas.

Que Roma, desconocedora ya del crimen, sea devota de Dios, sea digna de tan gran príncipe; y potente por la virtud, al jefe que sigue en las batallas, sígale también en la piedad...» (v. 1115-1130).

Cathemerinon

Libro de tierna devoción que muestra bien a las claras la piedad de Prudencio y en general la religiosidad sincera de los primitivos cristianos.

Lo componen una colección de himnos y poesías devotas para ser recitados durante el día por fieles, que esto significa el nombre.

Son 12 en total: «Al canto del gallo», «A la salida del sol», «Para antes y después de la comida», «Al terminar el crepúsculo», «Al acostarse», «Cántico de los que ayunan», «Para después del ayuno», «Himno para todas las horas», «En las exequias de los difuntos».

A los citados se añaden dos más que parecen fuera del plan de Prudencio: El himno del 25 de diciembre, *Natividad de Nuestro Señor Jesucristo*, y el de la *Epifanía*.

Son, sin duda, los más bellos y rebosan el entusiasmo de la fe y de los más finos sentimientos:

¿Por qué motivo — dice el primero —, el sol, volviendo, deja ya su pequeño círculo? ¿No será porque en la tierra nace Cristo, que aumenta la órbita de la luz?

¡Ay qué beneficio tan exiguo nos acarrea el día rápido, que, acortando poco a poco, negaba su luz apenas aparecido!

Brille el cielo con más esplendor; felicítase también la gozosa tierra; el resplandor del sol va subiendo de nuevo paso a paso por sus antiguas órbitas.

Ven a la luz, ¡oh preciosísimo Niño!, nacido de una madre virgen; madre ajena de todo contacto marital, mediador y partícipe de dos naturalezas.

Aunque havas nacido como Verbo de la boca del Padre, existías ya antes en el seno paterno como sabiduría,

que manifestándose creó el cielo, la luz y cuanto existe; todo fué hecho por el poder del Verbo, porque el Verbo es Dios.

Pero el Creador y artífice permaneció en el seno del Padre, aun ordenados los tiempos y dispuesto el orden de todas las cosas,

hasta que volvieran sobre sí muchos millares de años y visitara al mundo pecador, movido por su misericordia.

Los vagidos de este niño iniciaron el principio de un mundo que florece, pues entonces el mundo, regenerado, echó de sí la pálida esterilidad.

Creo que la tierra sembró de flores todo el campo y que las mismas arenas de los desiertos se perfumaron con el nardo y el néctar.

Aun el mundo, insensible y bárbaro, advirtió, ¡oh Niño!, tu nacimiento. y, vencido el rigor de las piedras, se cubrieron de hierbas las rocas.

Corre la miel saliendo de los peñascos, la encina destila ungüento gota a gota de su duro tronco, el bálsamo crece a una con los tamarices.

A este rey que dieron a las gentes el vientre materno de una virgen, la cuna y la débil infancia,

lo verás ¡oh pecador!, sobre las brillantes nubes, siendo tú réprobo y llorando entonces tu pecado con lágrimas ineficaces.

cundo la gran trompeta dé la señal de consumir la tierra con el fuego y el eje roto desquicie los apoyos del mundo que se desploma.

Lleno de majestad y de potencia, pagará a cada uno según sus méritos: a éstos les dará el goce de la eterna luz; a aquéllos, la eterna pena del infierno.

Judea, cuando hayas sentido la maldición de la cruz, advertirás quién sea éste, a quien bajo el dominio de tu furor arrebató la muerte, restituyéndolo muy pronto a la vida...» (v. 5-115).

El de la *Epifanía* es más bello aún y lo incorporó la Iglesia en su liturgia.

«Oye el rey Herodes que ha nacido el Príncipe de los reyes; el que ha de gobernar a Israel y reinar en el trono de David. — Loco de furor exclama al oír la noticia: un sucesor me acosa; me veo impelido. Verdugo, ve; empuña la espada e inunda las cunas de sangre — muera todo infante varón; escudriña los brazos de las nodrizas y manchen los aceros con su sangre los niños en el pecho de sus madres...

Felices vosotros primicias de los mártires — a quienes el perseguidor de Cristo os arrebató en el umbral mismo de la vida, como el torbellino arrebató los tiernos capullos de los rosales! Vosotros sois las primeras víctimas de Cristo; rebaño tierno de inocentes: delante de la misma ara del Cordero jugáis ingenuos con vuestras palmas y coronas. — ¿A dónde condujo tanta maldad? ¿Qué aprovechó su crimen a Herodes?

Cristo es el único que queda vivo entre tantos niños muertos.» (v. 90-140).

Peristephanon

A propósito lo hemos dejado para el fin: El epígrafe griego significa «libro de las coronas» y, en realidad, es una guirnalda o corona magnífica de las más fragantes flores tejida por el poeta en honor de los invictos atletas de la fe, mártires de Jesucristo.

No dudaríamos en afirmar que es el libro por excelencia de Prudencio. Catorce himnos admirables, plétóricos de valentía, de fervor cristiano, de amor y entusiasmo por los héroes de la fe.

Se llevan la primacía en la musa del gran poeta los mártires españoles: San Emeterio y Celedonio, Santa Eulalia y Engracia y los 18 mártires zaragozanos, San Vicente, San Fructuoso, Augurio y Eulogio del circo de Tarragona, San Lorenzo, los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, San Cipriano, Santa Inés y San Casiano, Román e Hipólito y el croata San Quirino.

Nada más fuerte y patético que los dos himnos de San Vicente y Lorenzo; por el contrario, nada más tierno que el de la niña Eulalia de Mérida.

Transcribamos solamente algunos versos del gran canto a los 18 mártires de Zaragoza. La musa de Prudencio se muestra en él más poética y bella quizás que en ninguna otra parte.

La imagen de las ciudades ofreciendo cada una a Dios en

canastillas, como preciados dones, las reliquias de sus mártires, es bellísima y digna del mayor poeta.

«Dieciocho mártires guarda nuestro pueblo en un solo sepulcro; a la ciudad que ha cabido tamaña gloria la llamamos Zaragoza.

Casa siempre asistida por los grandes ángeles, aguarda impávida el desquiciamiento del mundo frágil, porque lleva en su seno tantos dones que presentará a Cristo.

Cuando venga el Señor sobre una nube blandiendo rayos con su diestra fulgurante a poner la justicia entre los hombres,

cada una de las ciudades, levantando su cabeza entre el globo terráqueo, saldrá regocijada al paso de Cristo a presentarle sus dones en canastillas.

La africana Cartago presentará tus huesos, ¡oh facundo doctor Cipriano!; Córdoba, a Acisclo y a Zolio y tres mártires más.

Tú, Tarragona, madre de santos, ofrecerás a Cristo una preciosa diadema con tres perlas que ensartó Fructuoso con delicadas presas.

La pequeña Gerona, rica en miembros santos, presentará la gloria de Félix; nuestra Calahorra llevará a los dos que veneramos.

Barcelona se levantará apoyada en su esclarecido Cucufate, y a Pablo la hermosa Narbona, y Arlés será celebrada por San Ginés.

La ciudad capital de los pueblos lusitanos, Mérida, llevando por los aires las cenizas de la virgencita adorada, las depositará en el ara misma.

Alcalá de Henares se gozará en llevar en su regazo la sangre de Justo y de Pastor; dos cuerpos, dos sepulcros, dos tesoros.

Tánger, magnífico monumento de los reyes africanos, introducirá a su Casiano, que, polvo ahora, sometió al yugo de Jesucristo las naciones vencidas.

Pocas ciudades presentarán un mártir solamente; algunas, tres o dos; quiza cinco, habiendo gozado antes de sus tesoros.

Tú, Zaragoza, amante de Cristo, ceñida la cabeza con los pálidos olivos, insignia de la paz, presentarás dieciocho santos mártires.

Tú sola preparaste la comitiva más numerosa de los mártires de Cristo; tú sola, riquísima por tu piedad, disfrutas de tanta gracia...» (v. 5-60).

EPILOGO

Terminada nuestra tarea, creemos oportuno dirigir la vista al camino recorrido en mirada de conjunto.

Hemos pasado revista, aunque sumariamente, a seis importantes capítulos de la Historia de la Iglesia primitiva:

La era apostólica.

La inmediata siguiente llamada de los Padres Apostólicos.

La era martirial.

El monacato de Oriente.

La lucha contra la herejía con los Concilios ecuménicos.

Las grandes figuras de la Iglesia primitiva.

No han sido estudios históricos sobre los orígenes cristianos. Nuestro intento fué, ante todo, apologetico, como ya en el prólogo dejamos consignado: Mostrar en los hechos la mano invisible de Dios que los urdía conforme a la concepción providencialista de la Historia en la que «los hombres se mueven, pero Dios los agita».

En la era *apostólica* vimos el nacimiento de la Iglesia. Acontecimiento singular, único en el mundo; explosión dinámica como la producida en el primitivo caos, según una de las teorías cosmogónicas recientes, de que salió el Cosmos.

Dios envía su Espíritu sobre el Cenáculo en que se encuentran reunidos los Apóstoles, los pone en conmoción vibrante y los trueca en otros hombres, haciendo de ellos, antes cobardes y rústicos, los más extraordinarios caracteres de la Historia que ya no temen a nada ni a nadie, que se enfrentan con la autoridad Suprema de la nación reunida en Concilio y le echa en cara su gran crimen de la muerte de Cristo, el Mesías y Salvador venido al mundo, y cual reto formidable, el *non possumus*, no podemos dejar de predicar lo que hemos visto y oído, y el *hay que obedecer antes a Dios que a los hombres...*; que son azotados y salen de la presencia del Sanedrín y de sus verdugos gozosos de haber sido dignos de padecer contumelia por el nombre de Jesús»...

Sigue su ardiente predicación arrolladora, acompañada de estupendos y auténticos milagros con que Cristo les asiste desde el cielo y coronada por multitudinarias conversiones...

Luego el Martirio sublime del Protomártir Esteban... la conversión de San Pablo, hecho sobrenatural a todas luces, en que se han estrellado todos los esfuerzos de la incredulidad racionalista...

Todo ello crea al derredor del Cristianismo naciente un clima tan sobrenatural y de prodigio que está mostrando con el dedo a Dios, inspirador y Creador manifiesto de la nueva sociedad que para su salvación envía al mundo...

Después de la fundación de la Iglesia y de la obra de los Apóstoles nos adentramos en los *Padres Apostólicos*.

Tres de ellos han llamado poderosamente nuestra atención: San Clemente Romano, San Ignacio mártir y San Policarpo.

De sus cartas, llenas de unción y de fragancia evangélica, resume el cristianismo íntegro recibido de los Apóstoles con su auténtica jerarquía, su culto, sus dogmas, sus sacramentos.

El estudio detenido de esta época cristiana tan importante como poco conocida, ya dejamos consignado que lo emprendieron con ahinco los racionalistas y protestantes liberales, llevados del deseo de encontrar en él armas invencibles contra la Iglesia católica. Esta, decían ellos, se había desviado del verdadero cristianismo y las fuentes primitivas lo pondrían de manifiesto. Pero se engañaron. A medida que ahondaban en los orígenes cristianos más claro aparecía el entronque natural y único de la primera Iglesia con la actual *Católica*. Los mismos dogmas, el mismo régimen, el mismo culto centrado en la Eucaristía, verdadero sacrificio del cuerpo y de la sangre del Redentor.

Sigue el tercer capítulo: la *era martirial*. La intitulamos el *Cristianismo heroico y militante* y creemos que responde a la verdad.

Jamás religión alguna pasó por prueba tan tremenda y prolongada.

Tres siglos de persecución sangrienta, de guerra de exterminio que hubiera bastado para extinguir cualquier otra institución que no tuviera garantías divinas.

La persecución, cuando es pasajera o esporádica, enardece los ánimos y produce reacción y afianzamiento en la fe, pero cuando es crónica y más multisecular, ahoga insensiblemente el valor, apaga las energías y acaba por vencer toda resistencia.

Esta es la ley humana y biológica. Pero, ¡cosa singular! : en

el Cristianismo admiramos lo contrario. Tan fuerte aparece al principio como al medio y al fin del larguísimo período de su cruento calvario. Más aún: si hubiéramos de insistir, diríamos que en los últimos períodos se dieron muchos de los martirios más crueles, los combates más fuertes y los triunfos más gloriosos.

Fué el tiempo de la persecución de Valerio y de Diocleciano, en que recibieron sus invictas palmas San Lorenzo y San Vicente, Santa Inés y Santa Eulalia y tantos otros.

Milagro manifiesto y que va contra las leyes de la Historia...

Otro no menos maravilloso fué la fortaleza sobrehumana de los mártires.

Centenares y miles de hombres y de mujeres de toda clase y condición, soportaron las más espantosas torturas por no ser infieles a su fe.

Una sola palabra hubiera bastado a los más para que al instante cesaran sus tormentos. Sin embargo allí permanecieron firmes y constantes cual si fuesen refractarios a las llamas o a las torturas.

Dios, que daba fortaleza a sus mártires, es la única explicación al prodigio.

La pobre humana naturaleza no tiene fuerzas para tanto. El milagro, lo sobrenatural, se impone.

El cuarto capítulo lo dedicamos al monacato de Oriente.

Se calcula que en los tiempos posteriores a San Pacomio había unos cien mil monjes en solo Egipto. Si añadimos los de las otras regiones orientales, muy bien podemos afirmar que, durante los siglos iv y v, pasó con mucho del medio millón el número de los penitentes solitarios.

¡Medio millón de anacoretas!

Es el mayor prodigio colectivo jamás visto en el mundo: la demostración más clara de la savia divina del Cristianismo.

Los monjes orientales fueron auténticos héroes del Cristianismo, dignos del más grande de los poemas.

Hombres que siguiendo el consejo evangélico dejaron cuanto tenían, su casa, sus esperanzas e ilusiones, y se retiraron al desierto inhóspito y abrasador, para llevar una vida de austeridad y penitencia que sólo leída, espanta.

Nadie que sepa algo del tema dirá que fué un *modus vivendi*, ni que su existencia en la soledad fué un romántico y amable idilio. Fué, por el contrario, el más terrible palenque de pruebas, de tentación, de luchas contra los instintos más poderosos y dominantes del hombre y aun contra los poderes satánicos.

Es un milagro el que perpetraron que quizás supere aun al de los mártires.

Podríamos llamarles caballeros del espíritu, o aventureros a lo divino. Sintieron tan fuertes impulsos hacia Dios que no parecían de carne y hueso como nosotros. Ansias de santidad, de superación les llevaron valerosamente por el arduo camino de increíble penitencia, esforzándose por entrar por la puerta estrecha, por arrebatarse violentamente el reino de Dios.

La lucha contra la herejía

Es el quinto capítulo.

Ya anotamos que aquellas aparecieron en el tiempo mismo de los Apóstoles y que ellos fueron los primeros en reprimirlas.

El hombre no puede cambiar la palabra de Dios que es intangible. Pero ya San Pedro declara que hay algunos que la falsifican y *depravan*.

Por eso es necesario estar siempre alerta.

El espíritu del hombre es esencialmente novelero y si, además se apodera de él el orgullo, el deseo de sobresalir, es capaz de las mayores aberraciones. La soberbia y la mala vida fueron siempre la raíz de todas las herejías: Así lo vemos en la historia de las mismas: Arrio, Nestorio, Pelagio, Lutero, Calvino, Enrique VIII...

Ciertamente, repetimos: que de no haber vigilado constantemente la Iglesia se hubiera ya evaporado del todo la esencia del Evangelio en infinitas interpretaciones contradictorias.

Las mil sectas protestantes lo evidencian.

Por eso estamos cada día más firmes en nuestras convicciones. Es absolutamente necesaria una autoridad universal y competente en la Iglesia para el bien y aun simplemente para la existencia de la misma. Cristo, pues, no pudo menos de instituir la; una autoridad competente y universal, decimos, que pueda decidir con firmeza las cuestiones y obligar en conciencia a todos a seguir sus dictámenes... y por eso mismo infalible. Aunque no nos dijera nada el Evangelio sobre este punto, nos bastaría esta razón de sentido común para admitirla.

Finalmente,

Las grandes figuras de la Iglesia primitiva

De muchas de ellas ya se había hecho mención en sus respectivos sitios.

Después de los Apóstoles, las primeras incondicionalmente en

el Cristianismo, las de los Padres Apostólicos: *San Clemente* Papa, objeto por su relevante personalidad hasta de fantásticas leyendas; *San Ignacio* Obispo de Antioquía, mártir sublime, molido cual él lo deseara, como trigo de Cristo por los dientes de las fieras; *San Policarpo* discípulo inmediato de San Juan y quemado vivo en Esmirna de la que era Obispo, a la edad de 86 años; *San Justino* apologista y mártir; *San Irineo*, obispo de Lyon, varón sapientísimo y martillo de las herejías de su tiempo... Después, los monjes del Oriente, *San Pablo* primer ermitaño, *San Antonio* abad, *Palemón*, *Hilarión*, *Basilio*, cada uno de los cuales bastaría para inmortalizar un siglo...

Ni siquiera mencionamos a todos los que sobresalieron por su saber. Sólo algunos más señalados desde el punto de vista apologético: *Tertuliano* genial y contundente; *Orígenes* fecundísimo escritor y la mayor inteligencia de su siglo. *San Juan Crisóstomo* modelo de oradores cristianos; *San Jerónimo*, doctor Máximo en las Sagradas Escrituras; *San Ambrosio* defensor acérrimo de los derechos de la Iglesia; *San Agustín* cuya conversión, sobrenatural a todas luces, es de por sí una prueba de la divinidad del Cristianismo; *Prudencio* el gran poeta cristiano de los primeros siglos:

En resumen:

El Cristianismo se nos ofrece ya en sus comienzos como la más grande Institución de la historia.

Es un cielo orlendente tachonado de los más lucientes astros.

El soplo de Pentecostés había sido una ráfaga de vida que renovará la faz de la tierra, caduca ya y degenerada. El trocó a los Apóstoles en predicadores esforzados del Evangelio y todos murieron en la demanda pero les sucedieron otros, llenos de la misma convicción y espíritu que prosiguieron su obra.

Jamás en el mundo se había visto una floración semejante de todas las virtudes que puedan enaltecer la dignidad humana. La pureza inmaculada de Santa Inés, Eulalia y tantas otras y su amor a la misma hasta el martirio, suponía algo nuevo, una revolución verdadera en la estima de los valores humanos... La firmeza incontrastable unida a la sencillez y humildad más encantadoras, de que dieron muestras innumerables mujeres cristianas: Santa Perpetua y Felicitas, Blandina, Afra... La generosidad y el despego de todos los bienes de la tierra: la caridad entrañable con que socorrían y ayudaban los cristianos no sólo a sus hermanos en religión sino a todos los necesitados; el amor a Dios hasta el anonadamiento propio que mostraron un Fileas y Filoromo y mil otros...

El desprecio de la vida, la fortaleza invicta de los condenados a las minas de Fenos y de Numidia, el heroísmo increíble de

San Vicente en la cárcel, San Lorenzo en sus parrillas, los legionarios de Sebaste en el estanque de hielo, Germánico en presencia de las fieras, Fructuoso y sus diáconos en la hoguera parecen exceder la posibilidad misma de las humanas fuerzas...

Era, repetimos, la nueva era del mundo que comenzaba; el Espíritu de Dios que de nuevo se cernía sobre las aguas, el reino de Dios o mesiánico que había hecho, por fin, su aparición en el mundo para inyectarle nueva vida y transformarlo.

BIBLIOGRAFIA

(LIBROS ESPECIALMENTE CONSULTADOS)

- Historia eclesiástica*, Funk, Ruiz Amado. — Barcelona, 1908.
- La Iglesia en el mundo greco-romano*, D. Olmedo, S. I., volumen ... — México, 1956.
- Historia de la Iglesia Católica*, tom. 1, Edad Antigua. Bernardino Llorca — BAC — Madrid, 1950.
- La Iglesia Primitiva y el catolicismo*, P. Batiffol, Robles Dégano. Friburgo de Brisg, 1912.
- Los Apóstoles*, por Hophan. — Barcelona, 1957.
- Histoire de l'Eglise*, Fliche-Martin. — París, 1934-55.
- Historia General de la Iglesia*, F. Mourret, Echalar. — Barcelona, 1918.
- Compendio de Historia de la Iglesia*, J. Marx, Ruiz Amado. — Barcelona, 1919.
- Historia Eclesiástica de España*, Zacarías García Villada. — Madrid, 1929.
- Compendio de Historia Eclesiástica general*, Sanchís Sivera. — Valencia, 1934.
- Los Padres Apostólicos*, por S. Huber. — Buenos Aires, 1949.
- Enchiridion Historiæ Ecclesiasticæ*, P. Albers, S. I., tom. I. — Neomagi, 1909.
- Compendio de Historia Eclesiástica general*, Francisco Aguilar. — Madrid, 1885.
- Historia Universal*, J. Bta. Weiss, Ruiz Amado, tomos III, IV. — Barcelona, 1927.
- Pablo Apóstol*, G. Ricciotti. — Madrid, 1950.
- San Pablo. Apóstol de las Gentes*, Fr. J. Pérez de Urbel. — Madrid, 1940.
- Die Mission und ausbreitung*, d. Christ. in d. ersten drei Jhar. Adolf. Harnack. — Leipzig. 1923.
- El martirio*, Paul Allard. — Madrid, 1926.
- El secreto de los monjes*, Walter Nigg. — San Sebastián, 1956.
- La Era de los mártires*, G. Ricciotti. — Barcelona, 1955.
- Año Cristiano*, Fr. J. Pérez de Urbel. — Madrid, 1939.
- Actas de los mártires*, Texto bilingüe, por Daniel Ruiz Bueno. — BAC, Madrid, 1950.

Padres Apostólicos, Edic. bilingüe, por Daniel Ruiz Bueno. — BAC, Madrid, 1950.

Aurelio Prudencio, *Obras Completas*, Ed. bil., José Guillén, Isidoro Rodríguez. — BAC, Madrid 1950.

Las Confesiones de San Agustín, Trad. del P. Val M.^a Sánchez Ruiz. — Madrid, 1942.

El Apologético (Tertuliano), P. Germán del Prado. — Madrid.

Patrología Griega y Latina, de Migne, para las obras de *Orígenes*, *San Juan Crisóstomo*, *Eusebio*, *San Jerónimo*, *Ambrosio*, *Agustín*, etc.

Enciclopedia Cattolica (Città del Vaticano).

Enciclopedia de la Religión Católica (Barcelona).

The Catholic Encyclopedia.

INDICE ALFABETICO

A

Afra (Santa): Su martirio, págs. 188 y 189.

Agustín (San): Primeros años; su conversión; Obispo de Hipone; sus obras..., págs. 262-371.

Ambrosio (San): De Gobernador a Obispo de Milán; su gran carácter; su encuentro con Teodosio..., páginas 354-361.

Antorchas; procesión de... en el Concilio de Efeso... página 317.

Alejandro, m. de Lión... páginas 206-212.

Apocalipsis, págs. 92-94.

Apóstoles (Los) y su obra..., pág. 62; Nombres y campo de Apostolado..., páginas 64-67.

Antioquía, su primera evangelización..., pág. 47.

Antonio (San) *Abad*: Su vida y tentaciones en el desierto. Padre de un nuevo pueblo; su muerte..., páginas 261-267.

Ammon y *Macario*, monjes..., págs. 268-270.

Apologético de Tertuliano, págs. 322-326.

Arrío: Datos biográficos; su herejía y condenación en el Concilio de Nicea..., páginas 305-311.

Ascetismo cristiano..., páginas 254-293.

Atalo, m. de Lión..., páginas 206-212.

B

Babilonia, pág. 5 y sig.

Basilio (San): Datos biográficos; su regla monástica; Obispo de Cesarea..., páginas 281-285.

Bernabé (San): En Antioquía, pág. 41.

Blandina y *Biblis*, mártires de Lión..., págs. 206-212.

C

Candaces, ministro de...; su bautismo; es instruido por Felipe, pág. 39.

Carta a los Corintios de San Clemente romano..., página 114 y 115.

Caridad, Cristo y la..., páginas 135-137; *La caridad en el Cristianismo*..., páginas 138-141.

Canteras y minas: mártires condenados a..., págs. 173-174.

Clemente (San) Romano: Datos biográficos; destierro y martirio..., págs. 110-116.

Concilio jerosolimitano..., páginas 59 y 60.

Cornelio (el Centurión) y la visión de Joppe; su bautismo por San Pedro..., páginas 55 y 56.

Christianismo heroico y militante, págs. 159-226.

— Triunfo del..., págs. 235-239.

Constantino: Batalla del Puente Milvio; el lábaro; el Edicto de Milán..., páginas 235-239.

— en el Conculio de Nicea..., pág. 308.

Celestino (Papa): Su carta al Concilio de Efeso..., páginas 215 y 216.

Concilios: Los dos primeros, Nicea, págs. 304-311, y Efeso, págs. 312-316.

Crisóstomo (San Juan): De anacoreta a presbítero de Antioquía; Patriarca de Constantinopla; Eutropio, el destierro; su muerte..., págs. 336-344.

D

Diaconado: Su institución..., pág. 26.

Daniel: Su profecía sobre la sucesión de los imperios..., pág. 3 y sig.

Diáspora o dispersión..., página 17.

Didaché..., págs. 107 y 108.

Destierro como martirio, página 107.

Depósito (el) de la fe: Celo y vigilancia de la Iglesia por su conservación..., páginas 297-303.

E

Edicto de Milán..., pág. 238.

Espíritu Santo: Su venida, pág. 13 y sig.

Efeso: Motín de..., pág. 84.

Epístola de Bernabé, pág. 107.

— a Diognetes, pág. 108.

Esteban (San), Protomártir
Su actuación y martirio..., pág. 25 y sig.

Eucaristia: En la Iglesia naciente, pág. 151.

— Fe de los primeros cristianos en la presencia real, págs. 152-157.

— Su institución y los Apóstoles, págs. 151-152.

Eulalia (Santa): Datos biográficos; martirio; himno de Prudencio, págs. 223-226.

Eutropio, págs. 339-342.

Eusebio: Testigo de martirios, págs. 171.

F

Felipe y Hermes, mártires, págs. 187-188.

Felicitas (Santa): Su martirio..., págs. 201-205.

Fenos (minas de...): Cristianos condenados a ellas; su vida y sufrimientos..., páginas 174-177.

Fileas y Filosomo, m.: Su martirio..., págs. 182-183.

Fructuoso (San) y sus diáconos: Las Actas de su martirio..., págs. 184-186.

G

Gamaliel: Su consejo al Sane-drín..., pág. 24.

H

Herodes: Encarcela a San Pedro y quita la vida a Santiago; los tres Herodes..., pág. 33 y sig.

Holsten: Su explicación racionalista de la conversión de San Pablo, pág. 51.

Herculano, págs. 139-141.

Hilarión (San), monje: Su pasmosa penitencia y muerte, págs. 270-173.

I

Ignacio (San), mártir: Datos biográficos; su heroísmo sublime en el martirio, páginas 116-122.

Inés (Santa): Biografía y martirio. Panegírico de San Ambrosio, págs. 219-222.

J

Jerarquía (la) en el sentir de los Padres Apostólicos, páginas 131-133.

Jerónimo (San): Literato; penitente; fundador de Cenobios, págs. 345-361.

Juan (San), Apóstol: Su llamamiento al Apostolado; especiales distinciones de Jesús para con él: mártir, evangelita, Profeta..., páginas 88-94.

Judíos (los): Una de las causas de las persecuciones contra los cristianos, página 228.

Justino (San) y compañeros mártires, pág. 178.

L

Lión, mártires de...: Potino, Santo, Maturo, Atalo, Blandina, Biblis, Póntico, Alejandro, Epágato, págs. 206-212.

Lorenzo (San), mártir: Datos biográficos; martirio; himno de Prudencio, págs. 213-218.

M

Macario (San), monje, página 268.

Martirio (el) y sus clases: Destierro, canteras y minas, la hoguera, las fieras, págs. 173-200.

— Valor apologético del..., páginas 232-234.

— Milagro moral, pág. 233.

Maturo, mártir de Lión, páginas 206-212.

Milvio (Batalla del puente...), pág. 237.

Misa bautismal en la primitiva Iglesia, págs. 154-155.

— dominical, págs. 155-157.

Monacato de Oriente, páginas 254-293.

— Juicio sobre él, págs. 286-293.

N

Nerón y sus persecuciones contra los cristianos, páginas 162 y 191-196.

Notas de la Iglesia saciente: Unicidad; jerarquía; la caridad; la oración; eucaristía, págs. 129-157.

Nestorio: Su herejía y condenación en el Concilio de Efeso, págs. 312-317.

Numidia (Minas de...), páginas 175-177.

Número de mártires, págs. 169 y 170.

O

Obligatoriedad de la ley, página 58 y sig.

Orígenes: Biografía; director de la escuela Catequística de Antioquía; persecuciones y triunfos; en Cesarea; sus obras; las Hexaplas; su martirio, págs. 327-335.

P

Pacomio (San): Su conversión y primeros años; el primer Cenobio; la regla; su muerte, págs. 277-280.

Palemón, monje, p. 276.

Pablo (San), Apóstol: Su conversión; heraldo de Je-

sucristo; su dinamismo y viajes apostólicos; su martirio, págs. 77-87.

— Su conversión ante la crítica racionalista, pág. 50 y sig.

Padres Apostólicos: Escritos y nombres, págs. 103-109.

Pastor Hermas, p. 108.

Pentecostés: El primer Pentecostés cristiano, pág. 13 y sig.

Pedro (San): Su discurso el día de Pentecostés, pág. 16.

— Curación del tullido del templo, pág. 22.

— Resucita a Tabita, pág. 40.

— Su vocación y carácter, págs. 68-71.

— Jefe Supremo de la Iglesia, págs. 71-73.

— Su martirio, págs. 74-76.

Pfeiderer: Su explicación racionalista de la conversión de San Pablo, pág. 52.

Pablo (San), primer ermitaño: Datos biográficos; su vida; su penitencia; su muerte en el desierto, páginas 254-260.

Palmas y Coronas, págs. 201-226.

Perpetua y Felicitas: Datos biográficos y sublime martirio, págs. 201-205.

Persecuciones romanas: Datos generales, pág. 161.

— Nerón, Domiciano y Trajano, pág. 164.

— Marco Aurelio, pág. 165.

— Decio, págs. 165-166.

— Valeriano, págs. 166-167.

— Diocleciano, pág. 167.

— Causas de las..., págs. 227-231.

Perfección evangélica, páginas 247-253.

Paula (Santa), pág. 353.

Policarpo, obispo de Esmirna: Datos biográficos; su combate por la fe, páginas 123-128.

Pompeya, págs. 139-141.

Plutarco, pág. 9.

Polivio, pág. 9.

Primado Romano, págs. 133 y 134.

Prudencio: Datos biográficos; Sus obras: *Peristephanon*, págs. 372-380.

Porfirio (San), mártir, páginas 189-190.

Potino y Póntico, mártires de Sión, págs. 206-212.

R

Regla monástica de San Pacomio, págs. 278-279.

— de San Basilio, pág. 283.

— La Regla de la fe cristiana de S. Ireneo, págs. 302 y 303.

Reino mesiánico: Su preparación y presencia en la Historia, págs. 3-12.

Rendán: Su explicación racionalista de la conversión de San Pablo, págs. 53 y 54.

Reprobación de Israel anunciada por Jesucristo: Sus causas, págs. 10-12.

Román (San), mártir: Su martirio narrado por Prudencio, págs. 199-200.

S

Samaria: La predicación del evangelio en ella por el diácono Felipe, pág. 37.

Sátiro, Revocato, Secundulo y Saturnino, mártires: Su martirio, págs. 201-205.

Salcillo: Su gran escultura de San Jerónimo en el desierto, pág. 347.

Saulo de Tarso: Datos biográficos, pág. 45.

— Perseguidor de la Iglesia, págs. 46 y 47.

— Su conversión, págs. 48 y 49.

Santiago (el Mayor): Su llamamiento al apostolado, págs. 94-96.

— Su martirio y restos en Compostela, págs. 98-101.

Sebaste: Los cuarenta mártires, págs. 197-199.

T

Tabita o Dorcas: Su resurrección por San Pedro, pág. 40.

Tito Livio, pág. 9.

Templo de Jerusalén, pág. 18.

Teodosio: Su ascensión al trono de los Césares; victorias contra Máximo y Eugenio, págs. 240-244.

Tertuliano: Datos biográficos; carácter; obras: el Apologético, págs. 321-326.

Testigos de la resurrección: los Apóstoles, pág. 19 y sig.

Transformación de los Apóstoles, pág. 15 y sig.